

A black and white portrait of Jaime Torres Bodet, an elderly man with glasses, wearing a dark suit and tie. He is looking slightly to the right of the frame. The background is dark and textured.

AMENA CHARLA CON  
**JAIME TORRES BODET**

Torres Bodet ha escrito substanciosos y profundos ensayos sobre los más variados temas; discursos que, como los de Demóstenes o Cicerón, y no se crea que nos excedemos en el elogio, son modelos en su género. Es además un estupendo novelista y, sin la menor duda, el crítico literario más importante que ha dado México en los últimos tiempos. Pero sobre todo, Torres Bodet, es un gran poeta, aunque algunos, según hemos podido observar por ahí, quieren negarle el don de la poesía.

Y sí señores, como poeta, y antes y después que nada como poeta, es como a nosotros nos ha emocionado Torres Bodet. ¡Y qué poeta es el autor de "El Corazón Delirante", "La Casa", "Destierro", "Fronteras" y "Sin Tregua", entre otros libros de los que su estro nos ha regalado.

Sí, queremos remachar bien esta idea: Torres Bodet es genuina y substancialmente poeta, aunque como todo gran hombre tenga sus detractores que, entre las sombras, quieran negarle su don máspreciado. Comprendemos por otro lado la insidia disimulada de ciertas gentes, por lo común frustrada, contra Torres Bodet, en lo que respecta a negarle el don mágico de la poesía. Torres Bodet, este Griego de América y mexicano universal, ha ocupado importantes cargos públicos y, desde que el mundo es mundo y, mientras lo siga siendo, los hombres que destacan con luz propia despiertan la envidia, de ahí que los envidiosos, molestos secretamente, corran la falsa leyenda que corre entre ciertos círculos literarios de México de que Torres Bodet es sólo un gran ensayista, un prosista excelente, un crítico extraordinario, pero un poeta de segunda, cuando la verdad es que, Torres Bodet, es mejor poeta que todo lo demás.

Los que duden que vayan a las fuentes y beban allí, verso a verso, la poesía de Torres Bodet que, con la de Gorostiza, Pellicer, Novo, Paz, Huerta, Chumacero y muy pocos más (no hablo aquí de los jóvenes) es parte esencial del cimiento que sostiene la alta torre de la poesía mexicana contemporánea y, una de las más importantes, sin duda, en conjunto, que se ha escrito en los últimos años, y se está escribiendo en la lengua inmortal de Jorge Manrique.

Con este gran poeta mexicano que es Torres Bodet hemos querido dialogar, en la plaza pública, que es siempre la entrevista, para nuestros dilectos lectores. Aquí está pues, el diálogo. Atención a lo que nos dice Torres Bodet, amigos:

NORTE—¿Cuándo comenzó a escribir Torres Bodet?

T.B.—A los doce años. Lo he contado ya en un libro autobiográfico: **Tiempo de Arena**. Estudiaba entonces en la Escuela Nacional Preparatoria, de la ciudad de México. Mi profesor de Literatura Española —el poeta Enrique Fernández Granados— solía ilustrar sus lecciones con lecturas de textos inolvidables. Gracias a esas lecturas, conocí a Garcilaso, a Fray Luis de León, a San Juan de la Cruz, a Lope de Vega... Y, con mayor ingenuidad que efectiva audacia, comencé a trazar mis primeros versos. Trabajé cuatro años. Me asomé a la obra de los modernos: Rubén Darío, Amado Nervo, Leopoldo Lugones, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Gui-

llermo Valencia, Enrique González Martínez. Y, también, a la poesía francesa: desde Ronsard hasta Rimbaud y los simbolistas que estaban en boga. La influencia del autor de **La Muerte del Cisne** es perceptible, sin duda, en aquellos ensayos.

NORTE—¿A qué edad publicó su primer libro y en qué fecha?

T.B.—Mi primer libro, **Fervor**, apareció en México durante el otoño de 1918. Tenía yo dieciséis años.

NORTE—¿Cómo ve usted el panorama literario y, en especial, el poético de México?

T.B.—Con satisfacción, como mexicano. Con renovado aliento, como escritor. Advierto, en ese panorama, diversas rutas: la que busca lo nacional a través de lo universal y la que encuentra lo universal a través de lo nacional. Ambas me parecen muy respetables. Alfonso Reyes dejó un ejemplo para los que siguen la primera, y Ramón López Velarde otro para los que optan por la segunda... En México, ha descollado frecuentemente la poesía. Y no sólo la poesía en verso; pues no olvido la poesía en prosa, tal como la encontramos en ciertas páginas de Julio Torri, de Gilberto Owen o de Ermilo Abreu Gómez, el de **Canek**.

NORTE—¿Hacia dónde cree que va la joven poesía mexicana?

T.B.—Hacia una expresión más original —y quizá más ardua— de lo que los jóvenes quieren ver en el mundo de hoy. Reconozcamos que se trata de un mundo oscuro, complejo, rebelde y acongojado. La inconformidad, si es genuina, anuncia honradez de espíritu. En una época de rápida evolución, como la que nos ha tocado vivir, han llegado incluso a pensar muchos intelectuales que las pasadas generaciones pertenecen más bien a la prehistoria... Pero ¿dónde concluye, en verdad, un ciclo cultural? Sólo el tiempo dirá si lo que las promociones de ahora suponen muerto, murió del todo, o si mucho de lo que niegan revivirá, transformado tal vez por su propia acción.

NORTE—¿Qué poetas jóvenes mexicanos destacaría usted?

T.B.—Aquí también su pregunta plantea un problema previo. ¿Cuándo acaba la juventud de un poeta? ¿A los cincuenta, a los sesenta, a los setenta años?... Optemos por un límite, arbitrario como cualquier otro. Hablemos de los que tienen menos de cuarenta; esto es, de los que vinieron después de Octavio Paz, Efraín Huerta, Neftalí Beltrán, Alí Chumacero, Rubén Bonifaz Nuño, Rosario Castellanos y Jaime Sabines. De ellos, aludiré a José Carlos Becerra, a Marco Antonio Montes de Oca y a José Emilio Pacheco.

NORTE—¿Qué poeta mexicano de todos los tiempos considera usted el más importante?

T.B.—¿Uno? ¿Uno solamente?... Permítame, al menos, citar a dos. Y, para no hablar de los vivos, déjeme mencionar a Sor Juana Inés de la Cruz y a Manuel José Othón, el del **Idilio Salvaje**.

NORTE—Como crítico literario, ¿cuál libro de poesía, escrito en México en los últimos veinte años, cree usted que ha sido el mejor?

T.B.—Tres importantes colecciones de poesía han aparecido en México en los últimos veinte años: la de Salvador Novo, en 1961; la de Carlos Pellicer (**Material Poético**), en 1962, y la de José Gorostiza, en 1964. Pero todas ellas reproducen —reducen o amplían— volúmenes publicados en anteriores decenios. Señalaré, por consiguiente, un libro dado a la imprenta en 1956: **Prácticas de Vuelo**, de Pellicer.

NORTE—¿Cómo ve la novela mexicana y qué títulos y autores destaca?

T.B.—Como la poesía, la novela mexicana atraviesa una crisis que, para algunos, es de definición y, para otros, de nuevos descubrimientos. En el siglo XIX, desde Fernández de Lizardi hasta "Micrós", tuvimos excelentes narradores, como Luis G. Inclán, Cuéllar, Payno, Altamirano y Rafael Delgado. En el XX, tanto como a Mariano Azuela y a Agustín Yáñez, desearía recordar aquí a escritores que hicieron del relato, más o menos autobiográfico, verdaderamente grandes novelas —de pasión y, también, de acción. Pienso en el **Ulises Criollo**, de José Vasconcelos, y en **El Aguila y la Serpiente**, de Martín Luis Guzmán. De Azuela, señalaré **Los de Abajo** y **La Malhora**, de Yáñez, **Al Filo del Agua**. La novela de la Revolución Mexicana cuenta con obras valiosas, como algunas de Rafael F. Muñoz, José Mancisidor, Mauricio Magdaleno y Francisco L. Urquiza. La antinovela principió entre nosotros con el **Pero Galin**, de Genaro Estrada, ingeniosa parodia del género "colonial". Rubén Salazar Mallén constituye un caso característico, de veracidad amarga y atormentada. Desde hace más o menos veinte años, nuestros novelistas buscan otros caminos. Algunos los han hallado, con éxito incuestionable. Los nombres más conocidos son los de Juan Rulfo, José Revueltas, Juan José Arreola, Luis Spota, Carlos Fuentes, Rosario Castellanos, Rafael Solana, Salvador Elizondo, Juan García Ponce, Sergio Fernández.

NORTE—¿Cómo ve el teatro mexicano y qué autores destacan en los últimos años?

T.B.—Cada día —y con razón— el público y la crítica dedica mayor interés a nuestro teatro. Muertos Villaurrutia y Celestino Gorostiza, los autores que se han destacado son, a mi ver, Rodolfo Usigli, Salvador Novo, Sergio Magaña, Emilio Carballido, Rafael Solana, Luis G. Basurto, Luisa Josefina Hernández y, entre los más jóvenes, Vicente Leñero.

NORTE—¿Qué libros, de todos los que hasta ahora ha escrito usted, piensa que ha sido el mejor?

T.B.—El menos malo, lo escogerán los lectores, si se toman el trabajo de hacerlo. Y es muy posible que no resulte el mismo, en el caso de cada lector. Los que encuentro más expresivos de lo que intenté realizar son dos: **Tiempo de Arena**, por lo que concierne a los escritos en prosa, y **Sin Tregua**, de mi obra en verso.

NORTE—¿Cuáles son sus autores preferidos, de ayer y de hoy?

T.B.—Tendría que hacer una larga lista. Aún así, correría siempre el riesgo de dejarla incompleta. Desde luego, incluiría en ella a los autores acerca de cuyas obras he escrito algunos ensayos de interpretación per-

sonal: Stendhal, Dostoyevski, Pérez Galdós, Balzac, Tolstoi y Proust. . . Eso, por lo que atañe a los novelistas. Pero admiro con especial fervor a Shakespeare, a Cervantes, a Lope de Vega, a Pascal, Moliere, a Quevedo, a Goethe. Y releo, cada vez con mayor provecho, la Biblia, la Odisea, los Diálogos de Platón y la Divina Comedia, de Dante. Entre los modernos, le indicaré varias preferencias: Valéry, Unamuno, Ortega y Gasset, Thomas Mann, Antonio Machado, Camus y Hemingway, el de "El Viejo y el Mar". Todos ellos han muerto, pero su obra perdura. De los mexicanos de nuestro siglo, me he referido ya a los que me parecen haberse distinguido mayormente en la poesía, la novela, el teatro y el relato autobiográfico. Entre los hispanoamericanos actuales, sin olvidar a Rómulo Gallegos, citaré a Jorge Luis Borges, a Pablo Neruda, a Miguel Angel Asturias, a Gabriel García Márquez, a Julio Cortázar. De los españoles contemporáneos, leo siempre con interés a Jorge Guillén, a Gerardo Diego, a Vicente Aleixandre, a Dámaso y a Pedro Laín Entralgo. Conocí de cerca a Pedro Salinas, a Federico García Lorca y a León Felipe. Estimo mucho sus obras.

NORTE—¿Qué libros de la literatura universal le hubiera gustado escribir?

T.B.—La Odisea.

NORTE—¿Qué libro está escribiendo actualmente?

T.B.—**Mis Memorias**. Sintetizar lo hecho en una forma de reflexión, no exenta —en ocasiones— de cierta melancolía. Impone al autor un diálogo intenso consigo mismo. ¿Por qué acertó, si acertó?

¿Y cuáles fueron los motivos reales de sus errores? Revisar el pasado propio señala una obligación de modestia, que no debe disminuir la sinceridad del hombre, pero que ha de afirmar en él un sentimiento que aprecio profundamente: el de las responsabilidades morales e intelectuales del escritor.

NORTE—De no haber sido poeta, ¿qué otra cosa le hubiera gustado ser?

T.B.—Arquitecto.

NORTE—¿Cómo definiría el amor?

T.B.—El amor no es tanto anhelo de posesión, como lo suponen los egoístas, cuanto capacidad esencial de entrega. Sólo poseemos durablemente lo que supimos dar con desinterés. Una mujer, una obra, una verdad o una patria son nuestras, al fin y al cabo, en proporción con lo que hicimos por entenderlas y por servir las, por defenderlas y por lograr la plenitud de su desarrollo.

NORTE—¿Cómo definiría la muerte?

T.B.—Morimos mientras vivimos. La muerte define y resume nuestra existencia. Por eso, en un poema de **Sin Tregua**, escribí estos renglones:

**Vivimos sólo de creer que fuimos.  
Seremos siempre póstumos.**

NORTE—¿Qué es la vida para usted?

T.B.—Durante la infancia, un paraíso; en la adolescencia, un augurio; en la madurez, una lucha; en la senectud, un examen de conciencia. Pero siempre, y en todas las circunstancias, una oportunidad de servicio



humano y una posibilidad de superación.

NORTE—¿Qué flor prefiere?

T.B.—La rosa, que es la flor que más frecuentemente aparece en mis poemas.

NORTE—¿Qué ave?

T.B.—La alondra.

NORTE—¿Qué color?

T.B.—El azul.

NORTE—¿Cuáles son sus tres palabras favoritas?

T.B.—Intrepidez, humanidad y fervor.

NORTE—¿Qué piensa Torres Bodet de Torres Bodet?

T.B.—Si algo resultara difícil, es conocerse bien a sí mismo. En la juventud, la esperanza no nos da ocasión de medir nuestras deficiencias. En la madurez, la acción nos obliga a vivir en los otros, para los otros. Y ese contacto con la verdad ajena va definiendo nuestra propia verdad con mayor vigor que el que pudieron proporcionarnos los libros y los maestros. A la edad en que ya me encuentro, lo advierto muy claramente: todos somos la consecuencia de la vida que —año tras año— tuvimos que conquistar. Las certidumbres que no he perdido (mi confianza en el destino del hombre, mi fe en la capacidad creadora de la existencia) tienen hoy, para mí, el valor de no ser el producto de un sistema prefabricado en lo abstracto, sino el fruto de una asociación personal con mis semejantes, dentro y fuera de mi país.

No me enorgullezco —y no me arrepiento— de lo que he hecho. Traté de ser, en la medida de mis alcances, fiel a mí mismo y leal para los demás. Podrá o no persistir algo de mi obra; pero, aun suponiendo —co-

mo suelo pensarlo— que nadie la recordará, quedaría en mí la satisfacción de haberle entregado lo menos perecedero que el hombre tiene: su afán de llegar a ser, mediante el esfuerzo de cada día, lo que sintió la necesidad de ser.

NORTE—¿Cuál ha sido el peor poeta que ha dado México en los últimos veinte años, a juicio de Torres Bodet?

T.B.—Si alguien es en verdad poeta, podrá ser más o menos bueno. Sin embargo, a mi juicio, las palabras “poeta” y “peor” son incompatibles. Conozco autores que, sin ser poetas, escriben versos. Pero “poetas peores”, no los conozco.

NORTE—Si estuviera en manos de usted la concesión del Premio Nobel de Literatura, ¿a qué autor mexicano se lo daría?

T.B.—A Martín Luis Guzmán.

NORTE—¿Qué piensa usted de la unificación cultural de los pueblos latinoamericanos? ¿Cree que deberían estrecharse más los lazos entre esos pueblos?

T.B.—A mi entender, la universalidad es la aspiración de toda cultura. El regionalismo, sin ventanas abiertas al mundo entero, acabaría por convertirse en terrible error. Ello no quiere decir que no sea partidario entusiasta de que se estrechen, cada vez más, los lazos que nos unen con los pueblos hermanos del Continente. Pero pueblos hermanos, en el fondo, lo somos todos. En los viajes que tuve ocasión de hacer como Director General de la UNESCO, sentí hasta qué punto los problemas radicales del hombre interesan y afectan a todo el género humano.

NORTE—¿Qué aconsejaría usted a un muchacho con vocación literaria?

T.B.—Esforzarse por ser él mismo. Vivir honradamente cada momento. No aceptar ni el capricho, incapaz de fijarse sus propias reglas, ni —por esclavitud a la retórica de las modas— la obediencia a reglas que limiten y deformen su pensamiento. No creer que la mera sorpresa es presagio de positiva originalidad. Leer, sin prejuicios; alternando, en lo posible, a los autores de hoy con los de ayer, y los de anteayer. Si les gusta Joyce, por ejemplo, que lea en seguida a Dickens. Si le interesa Kafka, que no olvide por ello a Balzac. Si le encanta Mallarmé, que lo confronte con Góngora. Si le cautiva Kierkegaard, que se apresure a considerar a Pascal. Y no digo lo que procede porque proponga a nadie un fácil eclecticismo. Los antiguos tenían “al hombre de un solo libro”. Los jóvenes dotados de verdadero talento han de rehusarse a ingresar, con la ilusión de obtener éxitos transitorios, en una capilla estrecha, por hábiles que sus prosélitos les parezcan. Elegir su camino es el supremo derecho de todo artista. Para elegirlo a tiempo —y con autenticidad— le convendrá conocer, sin dogmatismos precoces, los amplios horizontes de la cultura.

NORTE—¿Qué recomendaría al extranjero que llega a México con el deseo de conocerlo lo mejor posible?

T.B.—Ante todo, no detenerse exclusivamente en la capital. Que el extranjero del que usted habla vaya primero a otras ciudades de la República. Que conozca

Guadalajara, Morelia, Oaxaca, Guanajuato, Monterrey, Mérida, Zacatecas. . . Que procure hablar con sus habitantes. Que visite lugares como Palenque, Teotihuacán, Monte Albán, Uxmal y Chichén Itzá. Y que se asome a la realidad del campo. Que trate de cerca a los indios. Ya tendrá, después ocasión de recorrer los museos, las avenidas y las calles de la ciudad de México. Y, entonces, nos comprenderá mejor.

NORTE—¿Qué figura histórica de todos los tiempos piensa usted que es la que mayores bienes ha aportado a toda la Humanidad?

T.B.—Sin llegar hasta las figuras que han divinizado las religiones, podrían citarse a grandes maestros de la verdad, de la belleza y del pensamiento, como Sócrates, Leonardo, Newton, Pasteur. . . No, por cierto, a los guerreros, que pretendieron sólo vencer, sino a los creadores, que se esforzaron por persuadir. Después de todo —y dentro de los límites de lo que no constituye motivo de fe para los creyentes el héroe al que más debe el hombre es el hombre mismo. El, sin nombre y sin biografía, ha sido el protagonista de toda la historia.

NORTE—¿Qué cosas que no ha hecho le gustaría hacer antes de morir?

T.B.—Una, sobre todo: acabar de ponerme de acuerdo conmigo mismo, a fin de morir en paz.

NORTE—¿Qué epitafio pondría Torres Bodet sobre su tumba?

T.B.—No lo he pensado. Esa labor corresponde a otros. Juzgarse a sí propio en vida implicaría falsa modestia o ridícula vanidad.

NORTE—¿Qué haría con la envidia?

T.B.—Vencerla, cuando pudiese existir en mí. Y, en el caso de los demás, compadecer a los que la sufren. El que envidia quisiera ofender a quienes envidia, pero se ofende en realidad él mismo, pues su envidia encubre a menudo una admiración oculta. Y la admiración que se esconde envenena al que la padece.

NORTE—¿Cuáles son, a juicio de Torres Bodet, las tres plagas más nefastas para la humanidad?

T.B.—La miseria, intelectual y física; la injusticia social, económica y cultural, y el odio, entre los hombres y entre los pueblos.

NORTE—¿Qué es México para usted?

T.B.—Un ámbito irremplazable, un ejemplo de persistencia, una lección de esperanza y una obra colectiva que proseguir y mejorar.

Por su historia, y por las características de su población, México asocia dos tradiciones muy diferentes y muy profundas: la americana precolombina y la occidental, venida en primer lugar de España. Y, por su posición geográfica, representa una posibilidad de confrontación entre las culturas latina y sajona del Nuevo Mundo. País muy joven —y muy antiguo—, lo anima una comunidad de recuerdos y aspiraciones, gracias a cuyo impulso ha podido afirmar, a través de no pocas dificultades, una vocación nacional de justicia en la independencia y una voluntad internacional de colaboración pacífica en el progreso.

# JAIME TORRES BODET

## BREVE ANTOLOGIA

### CANCION

Cantas para que nadie oiga los pasos  
del impaciente huésped  
que viene y va, en tu alma, noche y día.

Cantas para que nadie escuche el ruido  
del corazón secreto que te roe.

Cantas para no hablar, porque tendrías  
que decirnos, si hablaras, lo que sabes  
del tiempo y de sus cárceles profundas,  
del hombre y de sus dichas prohibidas.

Cantas para que callen las campanas  
que doblan en nosotros  
cada vez que la aurora nos obliga  
a encarnar en el cuerpo abandonado  
y continuar la lucha interrumpida...

Cantas para ignorar lo que te asedia.  
Cantas porque el silencio gritaría  
si no lo amordazaras con tu canto.  
Cantas porque la muerte está subiendo  
los últimos peldaños de la escalera en ruinas...

Y no quieres oír sus pies de bronce  
cuando llegue a la puerta de tu vida.

### EL HOGAR

Ya solamente vivo  
—como, sobre el hogar, el tronco seco—  
para el instante del supremo triunfo  
que, en el leño final, proclama el fuego.

Todo, en mi alma y en mi carne, ansiaba  
desde la juventud ese momento  
en que se cambia por la luz la vida  
y por la soledad el universo...

Como en el monte el árbol,  
crecí para la hora del incendio.  
Y tuve, como él, años y ramas,  
heridas, cantos, sombras y silencios.

Como él, en la fiebre del verano,  
hundí raíces que de sed murieron  
—y vi pasar crepúsculos y otoños  
pendiente sólo del invierno eterno.

Cuando venga la llama inevitable  
—por el hacha puntual cortado a tiempo—  
arderá el corazón sin amargura  
franco sobre el hogar, como en el pecho...

Un minuto de luz premia la vida.  
Mas para conocer ese minuto  
¡hay que abrir a la luz puertas de fuego!

## CALLE

Todos van con su llave en el bolsillo,  
con su miedo en el alma.  
Porque el miedo es también llave secreta  
de quién sabe qué lóbregas moradas.

Todos van con su nombre en el sombrero  
y con su pobre vida numerada  
¡tan fácil de sumarse a cualquier censo  
y, para cada cual, tan solitaria!

Todos van escondiendo su esqueleto  
bajo una piel que hasta parece humana  
y todos, reunidos, están solos  
—más solos que en la cuna o en la tumba—  
en la doliente multitud compacta.

Todos van con su daga en el costado.  
Pero pocos se atreven a enseñarla.  
Y, cuando nos la enseñan, es que han muerto.  
Muerto para que al fin los traicionaran  
la llave del bolsillo,  
el nombre del sombrero,  
el esqueleto oculto,  
el número del censo,  
la misteriosa daga  
y —último en perderse y en mentirles—  
el miedo que llevaban en el alma...

## EL BARCO

No hay anclas para el barco de este día.  
Todo, en el agua rápida, lo empuja  
a su constante adiós... La vida entera  
puede acabar en una singladura.

Vamos en él sin recordar el puerto  
donde vimos surgir, frente a la angustia  
del alba inevitable,  
sus grandes velas húmedas de luna.

Vamos en él sin conocer la prisa  
del viento que lo lleva por la ruta insegura,  
y ningún astrolabio, ningún mapa  
sabría contestar nuestras preguntas.

Sentimos solamente el mar espeso  
bajo la quilla brusca:  
un tiempo hecho de olas invisibles  
que a la par se suceden y se anulan.

Ayer es una playa desvaída.  
Mañana una promesa prematura.

Entre la aspiración y la nostalgia,  
no hay anclas para el barco de un presente  
que vive de no estar presente nunca.

## ALTA MAR

Alta mar de la vida, donde el agua  
del tiempo no parece ni más alta  
ni siquiera más rauda que en el puerto

—y donde, sin embargo, la sabemos tan honda  
que nos sentimos presos de su vértigo,  
desamparados sobre el vasto abismo,  
ciegos ante la cólera del viento,  
a la merced de todas las corrientes  
que luchan sin cesar por deshacernos.

Partimos en la luz. Era la infancia.

¡Qué súbita evasión!...

Y no supimos

exactamente dónde, en qué momento  
fue haciéndose de plomo el mar de plata,  
de plata el mar de vidrio,  
de vidrio el mar de espuma;  
ni cómo iban llevándose los años  
cada día más lejos  
del fondo que tocamos tantas veces  
al jugar, en la playa, con el tiempo...

Esta profundidad de olas mortales,  
este constante, imperceptible ascenso,  
¿qué recelan? ¿qué son? ¿por qué nos amenazan,  
si continuamos solos en lo incierto?

Solos, sobre la gran montaña de agua  
a la que sin querer fuimos subiendo;  
solos, bajo el azul —distante siempre—  
del cielo que verá nuestro naufragio

como vio nuestros juegos en el puerto:  
conmovido tal vez, pero inflexible,  
benévolo quizá, pero en secreto.

## ISLAS

Somos islas aliadas contra el tiempo.  
El mar que nos acerca nos separa  
y los que luchan por nosotros, viven  
lejos de nuestras playas,  
en países remotos, bajo un cielo enemigo.  
Y luchan sin saber quién los acosa  
ni por qué nos amparan y nos salvan.

Nuestras banderas se unen solamente  
en los aniversarios o en las guerras:  
a los pies de la estatua de un vencido glorioso,  
o en los timbres que sellan  
las cláusulas de un pacto imprescindible,  
el obligado anuncio de una tregua.

Somos un archipiélago en la historia,  
pero no en la verdad presente y viva.

Tendremos en la historia el mismo nombre,  
pero no hablamos nunca el mismo idioma  
en el mismo lugar, el mismo día.

¡Quisiéramos formar un continente,  
sin dejar de ser islas!

### DIALOGO

Quisiera ser la vida para hacerte  
a cada instante un don inesperado,  
pero frente a tu audacia sin pasado  
copiar la vida es admitir la muerte.

Amas tan sólo en mi tu rostro amado,  
me ves como jamás lograré verte;  
porque si más te sueño libre y fuerte  
más me incluyo en tu alma y más la invado.

No sé lo que me pides cuando callas,  
ni de qué riesgo escapas cuando lloras.  
Mas para no estorbar tan lenta huida

rompo en mi noche inútiles murallas,  
dejando que la muerte —en que me ignoras—  
conteste las preguntas de tu vida.

### ¿HUMILDAD?

No desdeñes la sombra  
de la noche en que piensas.  
Puede ser una nube. El viento sopla.  
Se irá la nube y quedará la estrella.

No desdeñes los surcos  
que atraviesas de prisa.  
Hoy son polvo no más. Vendrá la lluvia.  
Y al sol de julio brillará la espiga.

No desdeñes el alma  
difícil de querer. Está cerrada.  
Pero con el dolor y con el tiempo  
se abrirá lentamente a la esperanza.  
¡Y verás cómo es dulce entrar, entonces,  
en el cielo de un alma  
que acaban de lavar lágrimas claras!

### LA NORIA

He tocado los límites del tiempo.  
Y vuelvo del dolor como de un viaje  
alrededor del mundo...

Pero siento  
que no salí jamás, mientras viajaba,  
de un pobre aduar perdido en el desierto.

Caminé largamente, ansiosamente,  
en torno de mi sombra.  
Y los meses giraban y los años

como giran las ruedas de una noria  
bajo el cielo de hierro del desierto.

¿Fué inútil ese viejo imaginario?...  
Lo pienso, a veces, aunque no lo creo.  
Porque la gota de piedad que moja  
mi corazón sediento  
y la paz que me une a los que sufren  
son el premio del tiempo en el desierto.

Pasaron caravanas al lado de la noria  
y junto de la noria durmieron los camellos.  
Cargaban los camellos alforjas de diamantes.  
Diamantes, con el alba, rodaban por el suelo...

Pero en ninguna alforja  
vi nunca lo que tengo:  
una lágrima honrada, un perdón justo,  
una piedad real frente al esfuerzo  
de todos los que viven como yo  
—en el sol, en la noche, bajo el cielo de hierro—  
caminando sin tregua en torno de la noria  
para beber, un día,  
el agua lenta y dura del desierto.

### LA NOCHE

Te presento la noche.  
Oyela cómo viene, a la distancia,  
por montes sin espigas, entre escombros  
de siglos y de lunas degolladas,  
al son de un atabal que ritma el pulso.  
¡Oyela cómo avanza  
desde las playas negras del poniente  
hasta el oscuro amanecer del mundo!

Te presento la noche:  
en el lento silencio que resbala,  
como un agua pesada, sobre un cauce  
donde nadie halló nunca  
la piedra inexplicable de una palabra náufraga;

en la cerrada madurez del fruto  
que sólo un ciego, acaso, lograría  
reconocer a tientas en la rama;  
bajo el escalofrío de la selva  
donde pasa de pronto, entre los pinos,  
como el soplo de un vuelo en la memoria,  
la hipótesis de un ala...

Te presento la noche.  
A ti que, por experta en alboradas,  
no puedes advertir qué luz secreta  
encierra a veces una sombra amada;  
a ti para quien siempre  
las dichas fueron nieve, lirio, nácar  
—cimas de la blancura evanescente—  
esta compacta, dura, ardiente sombra,  
labrada en la obsidiana de mi alma.

# LARRA Y BRETON

por Víctor Maicas

De vez en cuando resulta grata tarea sumergir el espíritu en la lectura de obras que todavía conservan el perfume de épocas pretéritas. De sus páginas surgen, cual pálidas sombras, figuras de personajes que, en determinados momentos de su existencia, alcanzaron singular relieve. Sin embargo, a algunos el tiempo les fue cubriendo con el polvo del olvido; pero, otros, en cambio, permanecen en el recuerdo, pues la obra que legaron a la posteridad continúa aún vigente. Tal sucede, por ejemplo, con Mariano José de Larra.

La vida de este gran ingenio se desarrolló en un período turbulento de la Historia de España. Pero, aparte de ello, o quizá, precisamente por esa circunstancia, Larra, con su fina agudeza intelectual, diseccionó en sus artículos costumbristas —es el primer periodista de su tiempo— el cuerpo de la sociedad española en cuyo seno le tocó vivir. Nada de cuanto acaecía en torno suyo le fue ajeno. Con su lúcida inteligencia abordó cuantos temas despertaban su atención. Tan es así, que si repasamos la colección de sus artículos veremos cómo desfila ante los ojos del lector la panorámica de la vida española.

Empero, también en Larra existe otra faceta, independiente de sus escritos políticos, que señala un punto de interés en su quehacer literario. Me refiero, concretamente, a su función de crítico teatral.

Como en él era habitual, se entregó a este menester con toda la independencia de su carácter, poniendo a su servicio el enorme caudal de su cultura. Su cualidad de crítico eminente y sincero se manifiesta, abiertamen-

te, por lo que no es extraño que en ciertos autores alumbrase enconos y rencores, pues sus alfilerazos producían en ellos hartos quebraderos de cabeza. Amén de envidias y enemistades.

Algo de ello debió ocurrirle con su amigo Bretón de los Herreros. ¿Acaso la amistad entre ambos literatos era frágil? Desde luego, no. Así lo hace constar la que fue famosa escritora, Carmen de Burgos, en su libro: "Fígaro", cuando refiriéndose a cierto desgraciado episodio del que fueron protagonistas los mencionados autores, dice: "Que Larra y Bretón eran amigos, es indiscutible. Ambos eran asiduos concurrentes al Parnasillo, tenían las mismas relaciones, iban a las mismas reuniones y compartían sus diversiones y esperanzas. En la partida de casamiento de Larra hay una prueba de su amistad íntima con Bretón de los Herreros, pues éste y el duque de Frías son testigos de su boda."

No obstante, las críticas que en la prensa dedica Larra a algunas comedias de Bretón y que éste no supo aceptar de buen grado, motivaron que sus sentimientos hacia Larra se enfriasen. No hay duda que Bretón debió ser hombre puntilloso, sensible en demasía a cuanto se relacionase con sus obras.

Larra, por su parte, seguía fiel a su amistad con Bretón. Ahora bien, firme en su condición de crítico teatral, no ocultaba, ni tampoco enmascaraba, su recto sentir respecto a las comedias que tenía el deber de enjuiciar. En el ejercicio de su labor periodística, Larra se expresó siempre con absoluta sinceridad. No podía, pues, hacer excepción alguna que falsease su misión como crítico.

Es curioso comprobar cómo el proceso abierto por la acerada pluma suya habría de llevarle a un enfrentamiento con Bretón. Este se siente herido en su sensibilidad y, en lugar de encajar con gesto elegante los razonados comentarios que escribe Larra, se revuelve furioso y, encorajinado, los rechaza. En esa circunstancia Bretón se nos aparece como hombre resentido. Y por ello, agazapado, espera que el futuro le depare una oportunidad que le permita zaherir a Larra.

Por aquellos entonces —abril de 1835— Larra emprende un viaje por diversos países europeos. Visita Lisboa, Londres y París. Su ausencia de España se prolonga por espacio de varios meses, y en los primeros días de enero de 1836 regresa a la Patria.

Entretanto, la ocasión que tanto esperaba Bretón había llegado, y en 22 de enero de 1836 estrena su comedia, en verso, titulada: "Me voy de Madrid", obra con que pretende ridiculizar a Larra y en la que el personaje, Joaquín, es su contrafigura.

A este respecto sorprende leer lo que cuenta en sus "Memorias", el marqués de Molins, contemporáneo de Larra. En su citado libro hace constar que el estreno de la obra de Bretón se efectuó encontrándose Larra ausente de España, afirmación inexacta. De lo que se infiere que eran harto numerosos los enemigos de Larra. El marqués de Molins incurre en diversos errores. Cosa extraña siendo coetáneo y pretense "amigo" de Larra.

Claro es que no puede mover a extrañeza tales discrepancias y enemistades habidas entre los escritores



de ese tiempo y, ¿cómo no?, de cualquier otro tiempo. ¡Qué le vamos a hacer! Es la condición humana.

Larra, dolido por la injusticia que con él se comete, pues "Me voy de Madrid", es un vulgar ataque a su persona, solamente, como muestra de enojo, se limita "a no saludar a Bretón".

Pero, he aquí, que en los ambientes literarios de Madrid, siendo del dominio público el suceso que había provocado el enfado entre los dos escritores, los amigos de ambos —pues también los tenían, claro está— andaban deseosos de hallar un motivo que les llevara a la reconciliación.

Y surgió con la feliz circunstancia de un convite "que tuvo lugar en uno de los salones de Oriente". A esta recepción, organizada por don Juan Grimaldi, a la sazón empresario teatral, asistieron, además de Larra y Bretón, distintos literatos españoles, como asimismo el escritor francés, barón Taylor, amigo de Larra.

Una publicación de la época, la "Revista Mensajera", en el número correspondiente al día 31 de enero de 1836, haciendo referencia al acto de reconciliación de los dos autores, entre otras cosas, escribe: "...después de varios "brindis" de recíproca cortesanía, don Ventura de la Vega, poeta de mérito bien conocido, se puso en pie, y llamando la atención de los circunstantes sobre la especialidad del motivo, recitó la siguiente quintilla:

El rencor y el odio insano  
del corazón se desecha;  
el vate es del vate hermano;  
si hay quien alargue una mano  
yo sé que habrá quien la estreche.

Hubiera podido suceder que no se entendiese a qué aludían estos versos, si apenas concluidos no hubiesen visto los presentes levantarse en uno de los ángulos de la mesa a don Mariano José de Larra y en el opuesto a don Manuel Bretón de los Herreros. Ambos promediaron la distancia que les separaba, y acercándose uno a otro, se dieron los brazos, prorrumpiendo el señor Bretón, con delicada y honrosa sensibilidad, en otra quintilla, concebida en estos términos:

No aguardaré a que comiences;  
quédese el rencor odioso  
para enemigos vascuences.  
Yo te vencí rencoroso;  
tú generoso me vences.

Quedaron, pues, reconciliados Larra y Bretón en 30 de enero de 1836."

Justo es, pues, reconocer que Bretón supo enmendar su yerro. Asimismo, Larra, alma abierta a la verdadera amistad, había dado al olvido todo resquemor.

Sin embargo, triste sino el de este gran periodista y encendido romántico, un año apenas había transcurrido, cuando el día 13 de febrero de 1837, Mariano José de Larra, nuevo Werther español, con la rúbrica de un pistoletazo ponía fin a su vida.



# FEDERICO

# GARCIA

# LORCA



por Jorge Garbarino

Nace rumoreador como una vertiente alegre con su nombre de agua clara y fresca, romero de todos los caminos, paradójal e inverosímil casi.

Todo en él es aire anasionado como de canción parras, y en él, latiendo poesía, su corazón, medalla de la España peregrina, vital, única. Corazón y nombre y aire y romería junto al duende de su prodigiosa creación.

Federico García Lorca andaba por la vida como apoyado en la brisa, movimiento propio de sus criaturas fascinantes, con su corbatín de colores y las pupilas de asombro mientras nutre lo suyo de las imágenes y decires populares, todo espontaneidad.

Contemplador alegre de la creación y de la recreación juglar de andalucísima gracia hasta en sus exageraciones de niño grande, luce la prestidigitación de su lírica en metáforas que son expresión viva y vitalizadora de la materia.

Junto a todo ese espíritu, a esa inspiración que entrecruza silenciosamente en sus obras criaturas dramáticas, de gran hondura; junto a esa significación de lo suyo que es también un destino donde la Vida y la Muerte juegan ancestralmente en la simbología; junto a sus poemas que fijan su estética; junto a la gitanería y al virtuosismo trasuntado en manejo de contrastes; junto al dolor y a la pena, al malabarismo retórico y a lo íntimo y escudriñador; junto a sus grandes medallones trágicos donde rezuma lo españolísimo de España —honor y sangre— sin concesiones, en lo alucinante entregado en lenguaje de alto y hondo lirismo; junto a esas cosas de procesiones y beaterías; junto a esas farsas y guiñoles caros al quehacer soñador de Federico, plenos de gracia y poesía, está el otro Federico que como con hilos mágicos de titeretada magiquería de galera invisible y conejos de colores—, nos entrega figuras ágiles florecidas en asombro de cosas niñas, como mariposas de alas doradas y verdes, aleteos del mismo poeta que nos lleva a verlo.

Quietud, bullicio, realidad e irrealidad, verdad siempre. Nos llevará a verlo en sus cancioncillas y dibujos, que no podían estar ausentes en las alforjas de quien suma a su vida un constante andar creativo.

Cancioncillas y dibujos que Federico lleva consigo, encontrados en sí mismo y despertados en la inspiración, la imaginación y el ángel.

Cancioncillas y dibujos en los que hay toda un alma.

En agosto de 1929 le escribe a Angel del Río desde Eden Mills: «Ahora cae la noche. Han encendido las luces de petróleo y toda mi infancia viene a mi memoria envuelta en una gloria de amapolas y cereales. He encontrado entre los helechos una rueda cubierta de arañas y en el lago no canta ni una rana».

¡Qué dolor de silencio, para quien el canto de los seres y de las cosas se sentía en la voz, viniendo desde la savia misma!

¡Cómo no iba entonces a tener sus propias cancioncillas, con las que pasaba horas hasta dejarlas como ellas querían estar!

Cancioncillas que acompañaban al piano teclador en el que García Lorca mostraba otro rasgo más de su

exquisita sensibilidad. Cancioncillas de sus propias obras, de sus propios sentimientos hechos ternura en la «Nana de Sevilla».

**Este galapaguito  
no tiene mare;  
lo parió una gitana,  
lo echó a la calle.**

**No tiene mare, sí;  
no tiene mare, no;  
no tiene mare,  
lo echó a la calle.**

**Este niño chiquito  
no tiene cuna;  
su padre es carpintero  
y le hará una.**

Todo el andar de Federico nos señala una presencia hecha de esperanzas, de juegos rumorosos, de alegría, porque «él era la fiesta, la alegría» que se plantaba de sopetón y a la que era difícil sustraerse. Y nos dice en «La Tarara»:

**La Tarara, sí;  
la Tarara, no;  
la Tarara, niña,  
que la he visto yo.**

**Lleva mi Tarara  
un vestido verde  
lleno de volantes  
y de cascabeles.**

**La Tarara, sí;  
la Tarara, no;  
la Tarara, niña,  
que la he visto yo.**

**Luce mi Tarara  
su cola de seda  
sobre las retamas  
y la hierbabuena.**

**Ay, Tarara loca.  
Mueve la cintura  
para los muchachos  
de las aceitunas.**

Al hablar de la música de Federico García Lorca, su amigo el poeta Jorge Guillén expresa que en Federico «resaltaba un gran temperamento de músico», afirmando que «habría podido ser compositor si se lo hubiera propuesto», pero García Lorca llevaba lo espontáneo viviendo en sí con deliciosa frescura. Y continúa Guillén: «A petición de alguno, que proponía un nombre, tocaba trozos no recordados sino inventados, con el inconfundible estilo del modelo. ¡Qué inteligencia y qué gracia una vez más!».

Esa ala inmensa de la poesía que es Rafael Alberti, evocando los días en la Residencia de los Estudiantes en Madrid, se conmueve aún en el recuerdo de aquellas «¡Tardes y noches de primavera o comienzos de estío pasados alrededor de un teclado, oyéndole (a Federico) subir de su río profundo toda la millonaria riqueza oculta, toda la voz diversa, honda, triste, ágil y alegre de España!»

Canciones de cuna, música y letra de García Lorca. Cancioncillas armonizadas deliciosamente, configuraban el impar talento de Federico. Arabescos de su genio múltiple. Claridad y misterio.

«Anda jaleo», recogida y armonizada por García Lorca, es una de las más gratas a su interpretación, y ella se daba así:

**Yo me subí a un pino verde  
por ver si la divisaba  
y sólo divisé el polvo  
del coche que la llevaba.**

**Anda jaleo, jaleo;  
ya se acabó el alboroto  
y ahora empieza el tiroteo.**

**En la calle de los Muros  
mataron a una paloma.  
Yo cortaré con mis manos  
las flores de su corona.**

**Anda jaleo, jaleo;  
ya se acabó el alboroto  
y ahora empieza el tiroteo.**

**No salgas, paloma, al campo,  
mira que soy cazador  
y si te tiro y te mato  
para mí será el dolor,  
para mí será el quebranto.**

**Anda jaleo, jaleo;  
ya se acabó el alboroto  
y ahora empieza el tiroteo.**

Para sus propias obras, Federico García Lorca gesta sus propias cancioncillas. Y ellas se identifican con el contexto general de la creación.

Vemos así que, para Mariana Pineda, entrega en breves líneas casi la síntesis de la obra:

**Marianita sentada en su cuarto  
no cesaba de considerar.  
Si Pedroza me viera bordando  
la Bandera de la libertad.**

mientras que para Bodas de Sangre compone la canción de las hilanderas, las coplas de la criada, la copla del cortejo de bodas, el romance infantil y el cantar de la boda, este último con alegría de guitarra, panderetas y castañuelas.

Federico logra con Los Pelegrinitos, que recoge y armoniza graciosamente, todo un suceso. La temática trae en plenitud el espíritu de García Lorca, en finas y encantadoras imágenes, a las que la música acompaña adecuadamente. Y se vive ese andar de los pelegrinitos, que van a Roma a que los case el Papa, porque son primos. Todo se desgrana con la espontaneidad característica del poeta:

**Le ha preguntado el Papa  
que si han pecado.  
El le dice que un beso  
que le había dado.**

**Y la pelegritina,  
que es vergonzosa,  
se le ha puesto la cara  
como una rosa.**

**Y ha respondido el Papa  
desde su cuarto:  
¡¿Quién fuera pelegrino  
para otro tanto?!**

**Las campanas de Roma  
ya repicaron  
porque los pelegrinos  
ya se casaron.**

García Lorca se venía de los suyos, de la Huerta de San Vicente de Tamarit con lo suyo en los labios, trayendo con dibujos y cancioncillas los odres del vino alegre y oracionero, procesional y nostálgico. Estrella vegetal de la misma tierra poética.

También es Jorge Guillén quien nos dice, refiriéndose a los dibujos, que Federico los hacía siguiendo alguno de los estilos contemporáneos, irrealidades fantasmáticas, acaso influencia del surrealismo.

«Acorde con aquel ambiente (el de la Residencia de Estudiantes), el poeta perfila sus dibujos a pluma o a lápiz —lápices de colores— como un aficionado modesto, aunque junte algunos en una exposición «obierta a les galleries Dalmau, del 25 de juny al 2 de julio de 1927» en Barcelona, entonces más favorable al arte moderno que Madrid». Son veinticuatro composiciones y aparecen como jugando a las visitas un «Claro de luna» y un «Claro de circo»; Una «gota de agua» y un «Teorema de la copa y la mandolina», Pluma, lápices de color, la sombra de Dalí, y el poeta viste sus propios personajes, sus mismísimos sueños, con los dibujos desparrramando simpatía, ronda de arlequines, guitarras y soleares que parecen venir desde los olivos de Málaga, ecos de Anita la de Ronda.

Federico García Lorca es un entusiasmado de sus dibujos, y cuando le escribe a Sebastián Gasch le habla de ellos. Está decidido: quiere editarlos en Barcelona «Porque quizá es más barato» y le pide al amigo que averigüe cuánto costaría la edición. Le dice que pondría poemas intercalados.

Reitera esa decisión en una nueva carta, tras algo

de duda, y dice: «Definitivamente publico mis dibujos. Haz el prólogo para ellos».

Cuando envía sus trabajos, los pide bien coloreados y cuidados para que las líneas «no pierdan la emoción, que es lo único que tienen. Deben salir exactos».

Los dibujos de Federico son como un sueño infantil, toda ingenuidad y ternura. Juegan en ellos los rasgos esenciales hechos con líneas como al acaso. Pescaditos que parecen colgar desde las cañas de notas musicales en una viñeta; nostalgia del marinero donde sólo el misterio nos hace vivir, sólo el misterio. Y el misterio parece apresado en las líneas breves como un llanto de flores.

El rostro en forma de corazón se nos da con mucho de Federico mismo.

El dibujo para Lorca, en general, se «mantiene como ornamento al margen», pero sus copas, sus atriles con sus músicas, sus surtidores, el payaso, son ilustraciones preciosas a sus propias cartas. «Alcance plástico —dice Guillén— que se manifiesta en la obra lírica y dramática».

Es acertadísima la indicación, ya que nada se da mejor en Federico García Lorca, que el color y las líneas con que traza el singular panorama de su labor creativa. El paisaje y las almas se muestran en rasgos que dibujan una integración difícilmente superable. De ahí que con la plasticidad que señala Jorge Guillén, se conforma la obra lírica y dramática del poeta.

Todo esto señalado configura una de las facetas de la personalidad de Federico, múltiple, en quien a través del tiempo los hilos invisibles de la noche lo traen forjando las piruetas de prestidigitación que les inspira teniendo aun contra el fondo, allá en Granada, el escenario único, maravilloso de su creación.

Lo buscamos siempre y siempre llega a nuestro encuentro como entonando sus cancioncillas, como dibujando en el aire su propio espíritu, con toda el alma a cuesta.

Este mito que es Federico García Lorca nos da siempre cosas nuevas, siempre se le redescubre, porque está tan entregado en lo suyo, que es un ser humano en plenitud de latidos. ¿Y cuándo se termina de conocer a un ser humano?

Se nos viene con el corazón en la mano, y así lo encontré, mientras recorría su Andalucía natal, porque cada calle, cada lugar, cada palabra, en cada aldea con casas vestidas de blanco y mujeres vestidas de negro, pude acompañar el revivir sempiterno de Federico, sintiendo lo suyo en las cancioncillas que estaban en el aire mismo —¡aire de cristal!—, en los dibujos de sus propios ambientes y personajes, en lo que había dejado en cada línea de su impar creación.

Federico García Lorca, niño de maravilla chorreando ángeles en el enorme cielo espiritual de España, tal vez sin saberlo, escribió como síntesis de sí mismo los versos que lo ciñen a la verdad de un juicio que va más allá de todas las latitudes:

«Tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace, un andaluz tan claro, tan rico de aventura».

Ha publicado cuentos, novela, ensayo, teatro. Colabora en distintas publicaciones del país y extranjero. Fue Presidente de la Sociedad de Escritores de la Provincia de Buenos Aires, Secretario del Instituto de Cultura Argentino-Salvadoreño, Miembro correspondiente del Instituto Argentino de Crítica Literaria. Ha colaborado en la fundación de distintas revistas literarias.

Su obra ha merecido crítica elogiosa de figuras de la talla de Arturo Capdevila, Juana de Ibarborou, Ramón Gómez de la Serna, Manuel Gálvez, Enrique Banchs, César Tiempo, Buero Vallejo, Calvo Sotelo, Braulio Sánchez Sáez, Vicente Aleixandre y otros. Es precisamente este último, con quien Garbarino compartió gratas horas en Madrid, acrecentando su ya antigua admiración por la creación lorquiana.

Numerosos comentarios de arte y conferencias señalan asimismo el quehacer de Garbarino, quien viaja por Europa, Africa y América, estudiando tipos y caracteres para su obra.

Obras de Garbarino:

Deseo sin maquillaje (novela)

Prosas (Cuentos, con prólogo de César Tiempo)

Hicimos fuego en la noche (ensayo)

El degollador de palomas (melodrama)

Un reloj de pared para Victoria (comedia)

Moreno: hombre de América (Cuadernos azuleños de cultura).

Cuentos pasados en limpio (Cuentos, ilustrados por César López Claro, Claro Betinelli, Roberto Duarte, Raúl Schurjin, Manuel Oliveira, José G. Mancuso y Laxeiro).

## EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD LIBROS UNIVERSITARIOS

### INICIACION AL URBANISMO

Por Domingo García Ramos

Prólogo del Arq. Pedro Ramírez Vázquez

UNAM. 1965. 1a. Ed. \$ 100.00

Libro que cubre una necesidad en las escuelas superiores de México y Latinoamérica. De utilidad especial para quienes tienen bajo su responsabilidad la proyección de planes, programas o realización de obras.

### LOS RECURSOS HUMANOS EN LA CONSTRUCCION

Por Jaime Cevallos Osorio

1a. Ed. UNAM. 1969. \$ 73.00

"Parte del gremio de arquitectura se estima elegante y culto, pero no se prepara social y técnicamente para atender sus propios problemas: urbanización, vivienda popular, planeación regional, regeneración de zonas decadentes, creación de centros industriales, en fin, problemas de desarrollo y mejoramiento."

ADQUIERALOS EN LIBRERIAS Y EN

### LIBRERIA UNIVERSITARIA "INSURGENTES"

Av. Insurgentes Sur No. 299

México 11, D. F.



# UN GRAN DRAMATURGO Y POETA ASTURIANO

## ALEJANDRO CASONA

por Federico Carlos Sáinz de Robles

### EL HOMBRE

Alejandro, hijo de don Gabino Rodríguez Álvarez y de doña Faustina Álvarez García, nació en Besullo, pueblecito vaquero y artesano de Cangas de Onís, provincia de Asturias, el 23 de marzo de 1903. Alejandro fue el tercer hijo de los cinco que tuvieron sus padres. Su bautizo se celebró el 25 de marzo, en la iglesia parroquial de San Martín de Besullo. Don Gabino y doña Faustina fueron maestros nacionales. Y sus cinco hijos obtuvieron el mismo título. Alejandro vivió en Besullo hasta los cinco años. A los tres años ya sabía leer y escribir y soñar a la perfección. Hasta los diez años vivió en Villaviciosa. Y en el Instituto «Jovellanos», de Gijón, aprobó los primeros cursos del Bachillerato. En Murcia vivió Alejandro, entre 1917 y 1922, según confesión propia, «los mejores años de mi vida», aprendiendo música en el Conservatorio e iniciando su enorme vocación literaria, inclusive actuando como actor en varias compañías de aficionados, que actuaban en pueblos próximos a la capital.

En 1922 ya estaba Casona en Madrid, habiendo ingresado en la Escuela Superior del Magisterio. En 1926 alcanzó el grado de inspector. En 1928 contrajo matrimonio con la guipuzcoana Rosalía Martín Bravo, que había sido su compañera de estudios. Y juntos marcharon a regentar la escuela del pueblo de Les, en el valle de Arán. En este mismo año quedó finalista, con su obra **Otra vez el diablo**, en un concurso organizado por el diario madrileño **A B C**. Su trabajo de fin de carrera, presentado en 1926 en la Escuela Superior del Magisterio, tuvo como tema **El diablo en la literatura y en el arte**, en el que se adelanta, con algunas de sus afirmaciones, a las de Papini en su obra **El diablo**. En el mismo año publica su primer libro de poemas: **El peregrino de la barba florida**, que aún firma como Alejandro Rodríguez Álvarez.

Su apasionada y constante vocación teatral le hizo fundar en Les un teatro para niños, «La Pájara Pinta», para el que escribió algunas deliciosas piezas con temas tradicionales.

En 1931 fue nombrado inspector de escuelas en Asturias, pero poco después ganó la plaza de inspector provincial de primera enseñanza en Madrid, logrando en seguida el decreto fundador del Patronato de Misiones Pedagógicas. Y este Patronato le nombró director del «Teatro del Pueblo» y del «Teatro Ambulante», a los cuales se encomendaba llevar a los pueblos más humildes la alegría y la pedagogía del más hermoso teatro español. Y de Casona son las siguientes noticias: «Durante los cinco años en que tuve la fortuna de dirigir aquella muchachada estudiante, más de trescientos pueblos (en aspa desde Sanabria a la Mancha y desde Aragón a Extremadura, con su centro en la paramera castellana) nos vieron llegar a sus ejidos, sus plazas o sus porches, levantar nuestros bártulos al aire libre y representar el sazonado repertorio ante el feliz asombro de la aldea. Si de alguna obra puedo enorgullecerme de haber hecho en mi vida, fue aquella; si algo serio he aprendido sobre pueblo y teatro, fue allí donde lo aprendí. Trescientas actuaciones al frente de un cuadro estudiantil y ante públicos de sabiduría, emoción y lenguaje primitivos son una tentadora experiencia.» Para este teatro ambulante escribió Casona varios de sus mejores entremeses: **Sancho Panza en su isla**, **Entremés del mancebo que casó con mujer brava**.

En 1932 ganó el premio nacional de Literatura con su libro **Flor de Leyendas**, recopilación de algunas medievales, españolas y extranjeras. Y al siguiente año envió su comedia **La sirena varada** al concurso premio «Lope de Vega», fundado por el Ayuntamiento de Madrid. Habiendo ganado el premio, su obra fue estrenada en el teatro Español de Madrid, en la noche del 17 de marzo de 1934, por la compañía de Margarita Xirgu y Enrique Borrás, obteniendo un éxito tan grande y definitivo, que su nombre quedó incorporado al de los autores teatrales más insignes, a muchos de los cuales excedió en universalidad, puesto que **La sirena varada** se tradujo en seguida a varios idiomas y alcanzó el mismo éxito sensacional sobre todos los escenarios de Europa. Este éxito quedó ra-

tificado en el mismo teatro y por la misma compañía con su obra **Otra vez el diablo**, y en el teatro Reina Victoria de Madrid, con su obra polémica **Nuestra Natacha**, representada por la compañía Díaz-Artigas el 6 de febrero de 1936.

Al estallar la guerra civil española de 1936, luego de permanecer algunos meses en Barcelona, Casona, con su mujer y su hija, unidos a la compañía de Pepita Díaz y Manuel Collado, marcharon a distintos países de Hispanoamérica, estableciéndose definitivamente en Buenos Aires. En esta ciudad, y en su bella finca de recreo en Punta del Este (Uruguay), bautizada con el nombre de «La Sirena», Alejandro Casona escribió todas sus restantes obras escénicas, a excepción de **El caballero de las espuelas de oro**, ya terminada en Madrid en 1963. Pero en los casi veintitrés años que vivió fuera de España hubo de trasladarse con frecuencia a distintos países de América, de Europa y de Asia para asistir al estreno —siempre triunfal— de cada una de sus obras, y aun al de alguna de sus felicísimas adaptaciones de obras de Lope de Vega y de Shakespeare.

En 1961 ya estuvo algunos días Casona en Madrid. Y al siguiente año decidió residir en Madrid, donde se iniciaron los estrenos de muchas de sus obras, con las que obtuvo éxitos sensacionales, pasando él a ocupar el puesto de excepción en el escalafón de nuestros autores teatrales. Y no encontró reparos de bulto en la crítica más exigente y suspicaz. El 10. de octubre de 1964 estrenó en el teatro Bellas Artes, de Madrid, su comedia **El caballero de las espuelas de oro**, primer estreno auténtico de una obra de Casona después de 1963; obra, pues, desconocida en el extranjero y acogida jubilosamente en toda España, hasta el punto de haber sido representada más de mil veces sobre distintos escenarios. Pero esta inmensa alegría de encontrarse en España, de saborear sus grandes éxitos españoles, este encontrarse en la cima de la popularidad inspirando ensayos y tesis doctorales y crónicas en incontables idiomas, viéronse acibarados por la acentuación de una ya antigua dolencia: estrechez de vál-

vula mitral, que le originaba con frecuencia desfallecimientos, ahogos, desmayos... Decidió operarse, y la operación, un poco a vida o muerte, le fue practicada en un sanatorio madrileño el 13 de julio de 1965. Aun cuando pareció que el resultado de ella ofrecía esperanzas, luego de permanecer mes y medio en su casa hubo de ser recluido nuevamente en el sanatorio y operado de nuevo. Alejandro Rodríguez Álvarez, universalmente conocido como Alejandro Casona, murió a las dieciséis horas del viernes 17 de septiembre de 1965. Su cadáver fue trasladado al vestíbulo del teatro Lara (escena de su último estreno, de éxito aún flamantísimo), preparado con severa y delicada escenografía. Y muchos miles entre sus admiradores pasaron y rezaron ante él.

## EL DRAMATURGO

Alejandro Casona es un extraordinario innovador teatral, y si no ha revolucionado la técnica es porque prefirió imponer su táctica. Pudiera ser definida la táctica como «la interpretación personal de la técnica». La técnica es lo suficientemente elástica para admitir diversas tácticas, todas ellas eficientes. La táctica de Casona es una de las más felices adaptaciones del tecnicismo ortodoxo a un procedimiento escénico francamente revolucionario por peculiar. Sin que pueda afirmarse que Casona arrumbe las más felices consecuencias de la técnica, asombra cómo utiliza tales consecuencias en sus posibilidades últimas, o en las más ignoradas. La táctica teatral de Casona tiene este límite: la audacia colmada en su intención, jamás decidida a deshumanizarse. Y tiene este método: sorprender, aprehender, conmover, prestar alas ligeras, crear mundos más allá de la realidad. La táctica teatral de Casona tiene esta eficacia: provocar una reacción conmovida, sin pensar que ella le pueda o no ser favorable. Y tiene esta justificación: su constante y noble afán de originalidad, de conceder a las criaturas humanas parcelas de felicidad que la vida jamás les concede.

A mi juicio, los valores del teatro de Casona son éstos: ponderación de

lo real en lo irreal; y viceversa; colocación lógica de personajes reales en un mundo irreal y de personajes irreales en un mundo real; armonía de posibilidad entre la fantasía, «que quiere tomar cuerpo», y la verdad, que quiere permanecer aún dentro de lo fantástico; idealización lógica de impulsos, pasiones y ensueños; quintaesencias de lo poético aprovechadas para dignificar lo plenamente desprovisto de poesía siquiera elemental; la ternura y el humor batiéndose en un silencioso y casi púdico juego; la exaltación constante de la llamada «pedagogía del alma»; odio y reticencias contra los valores negativos del espíritu: rencor, pesimismo, egoísmo, envidia, hipocresía, etc.; protagonistas constantes, ya en un primer plano, ya en contrapunto obsesivo; combinaciones entre el lenguaje real y el lenguaje poético. Casona no rehúye la realidad; pero no está conforme con una realidad a **palo seco**, sin garantías para las fugas hacia lo ideal, sin aspiraciones por lo sobrenatural, en cuatro palabras: una realidad sin alas. Que la carne exija cautividad al espíritu, tolerable; pero intolerable que le exija hallar en su cautividad el gozo de su símo y la fatalidad de su destino. El hombre puede sentir respeto y hasta amor por su cárcel corpórea, pero no la puede —ni le debe— sacrificar las grandezas de sus ilusiones, Casona —y conviene la insistencia— no quiere relacionarse con irrealidades **desligadas de la posibilidad humana**, que sería como manipular con efímeros y peligrosos fuegos artificiales. La realidad que surge de todas las obras de Casona no es una **irrealidad inventada**, sino una irrealidad **encontrada y enganchada** en los más hondos resortes humanos. La atmósfera y el clímax en algunas de las más importantes producciones de Casona es... la de esta irrealidad —lícita, posible, humana—, nombre inadecuado dado provisionalmente a la **vida gloriosa mortal** de cada criatura, que no extraña sino en pugna con la de los demás. En este plano de superación de la cotidianidad se mueve el dramaturgo asturiano con asombrosa soltura.

Posiblemente Casona siempre dio en su teatro más importancia a la

**reacción** que a la acción. Que ninguno de cuantos me leen interpreten el vocablo reacción en su primer sentido académico: acción que se resiste, que se opone a otra. La reacción a la que yo me refiero en el teatro de Casona es esa que surge impen-sadamente, al ir hallando y casando sucesos y anécdotas que al principio parecían ajenos entre sí. A esta magia de que la acción escénica nazca de la ya aludida **realidad extraordinaria** es a la que llamo **re-acción**. ¿Tiene mucha trascendencia este procedimiento escénico de Casona? Extraordinaria, y por varias razones. La re-acción exige en el público unas entendederas más ágiles y alerta. La re-acción permite el planteamiento de una obra con franca soltura, en la que parece triunfar el **capricho** más seductor. La re-acción guarda las sorpresas mejores para el desenlace, sí, para esa moraleja que suele sobrar en la acción ortodoxa. La reacción provoca en los espectadores con más fuerza el asentimiento o la disconformidad. La re-acción no permite, ni a los espíritus más avisados, presumir siquiera qué es lo que va a ver, lo que va a saber. La re-acción jamás falla en el interés, como tantas veces sucede en la metódica acción, ya que el interés de ésta debe desarrollarse encadenadamente, y en cuanto un eslabón se suelta, el interés queda truncado en definitiva y sin compostura posible; mientras el interés de la re-acción va surgiendo por **estados** o por **aspectos**, y el que uno de éstos falle no afecta a los restantes. Casona, en la mayoría de sus obras, se atiene a la re-acción, sumando a su audacia por lo **distinto e irreal normal** una seguridad total en que los aplausos le asistirán con los últimos sobresaltos de los espectadores.

Alejandro Casona se enorgulleció siempre de haber sido en su juventud maestro de escuela con apasionado celo apostólico. Al principio de su labor escénica, el dramaturgo novel ya influía con firmeza en el Casona pedagogo, intentando armonizar el arte puro con la docencia realista. Esta seductora armonía se hizo patente, durante años, en aquellos sus dos esfuerzos admirables del «Teatro del Pueblo», de las ambu-

lantes Misiones Pedagógicas y de **La Pájara Pinta**. Por ello no es de extrañar que cuando Casona decidió abandonar el Magisterio para dedicarse por entero a la literatura escénica no quisiera —o no pudiera— prescindir de enhebrar en sus obras el áureo y finísimo hilo de la moraleja. Teatro para sugerir y para enseñar es el de Casona. ¡Peligrosamente atractiva la «pedagogía del alma» de Casona! Se nos presenta con un lenguaje seductor. Nada exige. Insinúa. Inquieta. Se filtra por nuestra emoción con una tranquila insistencia. Diríase que es su enseñanza como la súbita iluminación fantástica de una noche bajo cuyas precedentes tinieblas discurríamos removidos por los miedos y reconcomidos por las dudas.

Resultaba imposible que en una producción escénica de aliento universal como la de Casona pudiera concebirse el mundo sin contar con la colaboración permanente y decisiva de DIOS, la MUERTE y el AMOR. Porque, en resumidas cuentas, el hombre mientras vive por y para el Amor se olvida de la Muerte, amasando motivos y méritos para la Eternidad. Y por el AMOR y la MUERTE se aproxima a DIOS. Todo, todo lo hacemos, mientras alentamos, o lo dejamos de hacer, preocupados por aquellas tres tremendas palabras con iniciales mayúsculas. En los problemas trascendentales del hombre apuntan siempre su exigencia, más o menos inmediata, Dios, el Amor y la Muerte. Casona, como español excepcional, sabe que los estímulos apremiantes en la conciencia de los españoles excepcionales de cualquier época —más en épocas románticas y barrocas que en las clásicas— han sido los obsesivos de someterse al imperio del Amor y de la Muerte para cumplir lo estipulado por Dios, meta definitiva a la que no llega la Muerte, pero siempre el Amor.

Es fácil señalar en las obras de Casona otros protagonistas que también merecen la mayúscula para su nombre: Bondad, Poesía, Ilusión, Verdad... Pero todos estos protagonistas —y qué bien lo sabe Casona!— sólo pueden vivir y desvivirse en relación constante, concreta y subordinada con Dios, el Amor y la

Muerte; porque son estos tres los únicos océanos donde todas las corrientes vivas han de entregarse; porque, y mayor verdad aún, los océanos Amor y Muerte no son sino como los brazos del océano Dios; los brazos con los que el océano Dios cuida y se atrae a los protagonistas del gran teatro del mundo. Sometido al sino y al designio de esos tres océanos, Casona no escribe ni una obra en la que falte el impulso, el sencillo mandato, la influencia casi tangible y visible de uno de los tres, de dos de los tres, de los tres. Contra lo que hoy parece lógico, el trato continuado con esos tres grandes protagonistas no ha dado al teatro de Casona frutos ácidos o ásperos, como lo ha dado en todos los grandes dramaturgos sus contemporáneos: Tennessee Williams, Sartre, Camus, O'Neill, Anouilh, Girardoux, Kayser... Estos universales dramaturgos luchan inconformes, inclusive adversarios de los tres grandes protagonistas. Pero Casona, acaso por ser español —los españoles llevamos desde hace siglos en la sangre hirviente la imperiosa necesidad del apasionamiento crudo, del misticismo y de saber la vida sólo como posada en el camino de la mejor vida que nos dará la Muerte—, Casona ha llevado a su producción esencial un espíritu esencialmente esperanzado, fecundo, gozosamente poético. No hay que luchar con la Muerte, con el Amor, con Dios, nos viene a enseñar en todo su teatro, sino sonreírlos con cierta melancolía...

Como nota esencial, como constante en el teatro de Casona, se observa cumplidamente la idealización de las pasiones, el sentido inexorablemente humano con que se capta y ciñe lo poético. El ser poeta —y gran poeta— y el ser poético —y un fenomenal apasionado— no consiguen obligarle a dar vigencia y trascendencia puramente sensual a sus pasiones, ni a destilar con exclusivismo ensueños y lucubraciones fantásticas. En la magia sensacional de hacer posible todo lo anhelado y de hacer humana toda la fantasía, se nutre la mayor parte de la producción escénica del gran dramaturgo asturiano contemporáneo.

## LA OBRA

a) Obras no teatrales: **El peregrino de la barba florida**, poemas, Madrid, 1926. **La flauta del sapo**, poemas, Valle de Aran, 1930. **Flor de Leyendas**, Premio Nacional de Literatura, Madrid, 1933. (Se conservan inéditos más de cien guiones escritos para la radio y la televisión de países hispanoamericanos.) **El diablo. Su valor literario**, Madrid, Aguilar, en el tomo II de O. C., 1965. **Las mujeres de Lope de Vega**, Madrid, en el tomo II de O. C., 1965. **La vida de Francisco Pizarro**, Madrid, en el tomo II de las O. C., Aguilar, 1965. (Estas tres últimas obras fueron añadidas a las O. C. precisamente en la edición ampliada de 1965.)

b) Obras teatrales: **El crimen de Lord Arturo**, Zaragoza, 1929. **La sirena varada**, Madrid, 1934. **Otra vez el diablo**, Madrid, 1935. **El misterio del «María Celeste»**, Valencia, 1935, adaptación de una novela breve de Hernández Catá. **Nuestra Natacha**, Madrid, 1936. **Prohibido suicidarse en primavera**, México, 1937. **Romance en tres noches**, Caracas, 1938. **Sinfonía inacabada**, Montevideo, 1939. **María Curie**, Buenos Aires 1940, en colaboración con Francisco Madrid. **Las tres perfectas casadas**, Buenos Aires, 1941. **La Dama del Alba**, Buenos Aires, 1944. **La barca sin pescador**, Buenos Aires, 1945. **La molinera de Arcos**, Buenos Aires, 1947. **Los árboles mueren de pie**, Buenos Aires, 1949. **La llave en el desván**, Buenos Aires, 1951. **Siete gritos en el mar**, Buenos Aires, 1952. **La tercera palabra**, Buenos Aires, 1953. **Corona de amor y muerte**, Buenos Aires, 1955. **Carta a una desconocida**, Porto Alegre (Brasil), 1957, escenificación de una novela corta de Stefan Zweig. **La casa de los siete balcones**, Buenos Aires, 1957. **Tres diamantes y una mujer**, Buenos Aires, 1961. **El caballero de las espuelas de oro**, Madrid, 1964.

**Retablo jovial** comprende las obras breves: **Sancho Panza en la insula**, **Entremés del mancebo que casó con mujer brava**, **Farsa del cornudo apaleado**, **Fablilla del secreto bien guardado** y **Farsa y justicia del corregidor**.

Teatro infantil: **¡A Belén, pastores!** y **El lindo don Gato**.

Adaptaciones: **La Celestina**, de Fernando de Rojas; **El anzuelo de Fenisa**, **Peribáñez o el comendador de Ocaña** y **Fuenteovejuna**, de Lope de Vega; **El burlador de Sevilla**, de Tirso de Molina; **Ricardo III** y **El sueño de una noche de verano**, de Shakespeare.

Señalar las traducciones a distintos idiomas de las obras de Casona exigiría un espacio del que no dispongo. Ni una de ellas ha dejado de serlo a tres o cuatro, y de estrenarse en teatros de Europa, América y Asia. En número exacto, son **ciento quince** las traducciones al inglés, italiano, francés, alemán, ruso, portugués, checo, hebreo, yugoslavo, búlgaro, holandés, flamenco, griego...

## BIBLIOGRAFIA DE URGENCIA

**RODRIGUEZ RICHART, J.:** Vida y teatro de Alejandro Casona. Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos, 1963.

**BOLETIN DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS ASTURIANOS:** Homenaje a Alejandro Casona. Oviedo, año XX, número LVII (1966) 206 páginas. (Contiene monografías de Victoriano Rivas, Manuel Ruiz Lagos, Néstor Astur Fernández, Manuel F. Avello, Manuel Antonio Arias, Luciano Castañón, Antonio García Miñor, Angeles R. Arango, Juan Santana, Rodríguez Richart.)

**SAINZ DE ROBLES, Federico Carlos:** Estudio Alejandro Casona: el hombre, la obra. **Al frente de las Obras Completas publicadas por E. Aguilar**, de Madrid. 300 págs.

**PLANS, Juan José:** Casona. (Biografía.) Oviedo, Edit. Richard Grandio, 1965.

(“La Estafeta Literaria”; Nos. 402-404, 15 de septiembre de 1968).